

Extranjeros, bienvenidos

En busca de una voz:
una charla radiofónica

Extranjeros, bienvenidos

**En busca de una voz:
una charla radiofónica**

BARBARA PYM

Traducción de Irene Oliva Luque

Título original: *Civil to Strangers*

Copyright © The Estate of Barbara Pym, 1987

© de la traducción: Irene Oliva Luque, 2019

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2019

Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: junio de 2019

Diseño de la colección y cubierta: Rosa Lladó

Imagen de cubierta: *Going On Holiday* (c. 1940)

© FPG/Getty

Imagen del interior: Barn Cottage en Finstock, Oxfordshire

Imagen de la solapa: Mayotte Magnus

© The Barbara Pym Society

ISBN: 978-84-17109-67-7

Depósito legal: B-5204-2019

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Barn Cottage en Finstock, Oxfordshire,
donde Barbara Pym vivió de 1972 a 1980.

EXTRANJEROS, BIENVENIDOS

CAPÍTULO 1

«Silencio es todo,
y agradable ilusión.»¹

—Cassandra, querida —dijo la señora Gower, sonriente—, siempre tan puntual. —Se inclinó hacia delante y rozó con los labios la mejilla de Cassandra.

Ésta respondió con un gesto similar, aunque con cierta torpeza, dado que la señora Gower era una mujer grande y resultaba bastante difícil alcanzar su mejilla.

—Siempre trato de ser puntual —contestó Cassandra con otra sonrisa, pese a que el tono apagado y uniforme de su voz denotaba que eran muchas las veces que había hecho ese comentario.

—Es usted un dechado de virtudes, hija mía —añadió afectuosamente la señora Gower, mientras se acomodaban en el sofá.

Cassandra suspiró, aunque no lo bastante fuerte para que su interlocutora lo oyese. Sabía que era un dechado de

1. Todas las citas al comienzo de cada capítulo pertenecen al poema «The Seasons» de James Thomson. (*N. de la T.*)

virtudes porque la gente se lo decía a todas horas. A sus veintiocho años, era una mujer alta y rubia, no exactamente guapa, pero sí atractiva y elegante. Esa tarde lucía un traje de tweed azul de buen corte. El sombrero y los zapatos, más que modernos, eran cómodos y prácticos. Siempre se podía confiar en que Cassandra no vestiría algo que desentonase con el lugar en que se encontraba en ese momento.

—Invité a la señora Wilmot y a Janie a que vinieran esta tarde —la informó la señora Gower—. Me imagino que no habrá visto ni rastro de ellas al pasar por la rectoría, ¿verdad?

—No —respondió Cassandra—. Aunque en realidad no he venido por ese camino. Tenía que hacer unas compras. Había olvidado traerme algunas cosas del pueblo.

—¡Consuela saber que es igual de humana que todos nosotros! —exclamó con regocijo la señora Gower.

Cassandra sonrió con cierta tristeza. La gente exponía tan a menudo sus dudas respecto a su humanidad que a veces se preguntaba si de verdad no sería un ser de otro mundo que había ido a parar a la pequeña localidad de Up Callow en calidad de esposa de Adam Marsh-Gibbon, un caballero de buena posición económica que había escrito unos pocos poemas y unas cuantas novelas que habían pasado desapercibidas.

En realidad, casi todo el dinero que le permitía a Adam llevar esa vida tan agradable era de Cassandra, pero ella nunca se lo recordaba. Antes de casarse, ella le había dado a entender que todo lo que poseía era de ambos, si acaso más de él, ya que ella se sentía tan agradecida de ver su amor correspondido que habría hecho cualquier cosa por él. Después de cinco años de matrimonio, ese embelesamiento había menguado un poco, debido a que Adam era una persona difícil en muchos aspectos, aunque ella seguía

sorprendiéndose gratamente cada vez que reparaba en que aquel hombre apuesto y de aire distinguido era su marido y de nadie más.

—Ahí va otro árbol —anunció de repente la señora Gower—. Hasta que una cae en la cuenta de lo que es, asusta bastante el ruido que hacen. Espero que el siguiente que talen sea ese grande de ahí. Así entrará mucha más luz en esta habitación.

—A Adam le encantan los árboles —apuntó Cassandra—. Dice que le da pena pensar que vayan a cortar estos que hay enfrente de su casa.

—Ay, claro, es que él es poeta —comentó con indulgencia la señora Gower, aunque todavía no había logrado comprender del todo su poesía. Tampoco lo había intentado con demasiado ahínco, ya que desde que era viuda no tenía necesidad de fingir ningún interés por la literatura—. Mi esposo, que en paz descansa, prefería los espacios abiertos —afirmó—. Cuando era catedrático de poesía en Oxford, vivíamos en Headington, aunque nuestra primera casa en Norham Road estaba bastante enclaustrada... Ésas deben de ser la señora Wilmot y Janie —anunció de repente.

La puerta se abrió, y, dando pasitos ligeros, entró una mujer pequeña de pelo canoso y abrigo gris acompañada de una muchacha morena y esbelta, de unos diecinueve años, que caminaba dócilmente a su lado.

—Querida Kathleen, cuánto me alegro de que hayas podido venir. Y Janie también. ¿Vacaciones otra vez? —preguntó la señora Gower, con una suerte de jovialidad imprecisa que adoptaba al hablar con cualquier persona muy joven.

Janie sonrió, armada de paciencia.

—No, no, ya he dejado los estudios —explicó—. Ahora ayudo a madre en casa. —Respiró aliviada al comprobar que ni la señora Gower ni la señora Marsh-Gibbon seguían ahondando en el asunto. Pues todo el mundo sabía el tipo

de vida que debía llevar la obediente hija mayor del rector de una parroquia rural, y Janie se ajustaba por completo a ese patrón. Era catequista, colaboraba en la Asociación Joven Femenina y pasaba gran parte de su tiempo decorando la iglesia.

—Qué bonita quedó la decoración de la pila bautismal por Pascua —comentó Cassandra, al recordar que había sido la contribución personal de Janie.

—Cuánto me alegro de que se fijara —respondió Janie con semblante de satisfacción—. Tenía miedo de haberle puesto demasiado verde.

La llegada del té la dispensó de la obligación de abundar en el tema, y la conversación regresó una vez más a los árboles que estaban talando frente a la casa de la señora Gower.

—Parece ser que a los nuevos inquilinos de Holmwood no les hacen demasiada gracia los árboles —dedujo la señora Wilmot—. Imagino que nadie sabe si ya está alquilada, ¿verdad? He oído que ha venido gente a verla, pero, claro, puede que no se la hayan quedado. Es una casa muy antigua y le harían falta muchísimas reformas.

—Y Rogers me ha dicho que, si le quitan un solo ladrillo, se derrumbará toda la vivienda —apuntó la señora Gower con tono de satisfacción melancólica, puesto que ella se había construido una gran casa blanca y negra que todavía parecía muy nueva. Cuando murió su marido, hacía ocho años, decidió regresar a Shropshire, donde había vivido de niña. Sobre la entrada principal de la casa había colocado una losa de piedra con la inscripción: «A.D. 1929», pero por alguna razón era imposible imaginar que la casa pudiera envejecer, ni siquiera dentro de mil años. A la señora Gower esto le traía sin cuidado. Ella prefería el confort sólido y bien construido, con luz eléctrica y calefacción central, antes que todas las glorias del pasado.

—Rockingham se pregunta si será gente que frecuente la iglesia —dijo la señora Wilmot con pocas esperanzas, puesto que los últimos residentes de Holmwood habían sido ricos y generosos, aunque, por desgracia, también católicos y apostólicos.

—De corazón lo espero —apuntó comprensiva Cassandra, a quien, como cada vez que oía el nombre de pila del rector, se le escapó una sonrisita.

Se produjo un breve silencio durante el que oyeron caer otro árbol. A este ruido le siguió el de un coche deteniéndose cerca de la casa de la señora Gower. La señora Wilmot no pudo evitar levantarse e ir a mirar por la ventana.

—Se han bajado dos hombres —informó— y van de acá para allá por el camino de entrada, mirando los árboles, creo. Pero ¿qué hacen? Parece que están poniendo una especie de anuncio.

A estas alturas, las demás ya estaban también de pie delante de la ventana.

—Sí, están poniendo un anuncio —confirmó la señora Gower. Leyendo lentamente comenzó a descifrar el cartel palabra por palabra. Todas se llevaron un chasco. Lo único que decía era: SE VENDEN LISTONES PARA ESPALDERAS Y LEÑA. TAMBIÉN MADERA PARA MARCOS RÚSTICOS. RAZÓN AQUÍ. PROHIBIDO EL PASO. PROPIEDAD PRIVADA.

—Bueno —dijo la señora Wilmot, decepcionada—, pues vaya. Me pregunto a qué se refieren con marcos rústicos —añadió, animándose un poco, como si pudiera tratarse de algo emocionante.

Ninguna de ellas pareció capaz de aclarárselo y se sumieron en un silencio taciturno hasta que Cassandra comentó que los tulipanes rosas de la señora Gower estaban a punto de florecer.

—Son tan bonitos. Adam dice que son los heraldos del verano. Siempre nos da la impresión de que empieza a hacer más calor cuando florecen.

—Un escritor debe ser muy sensible a la naturaleza —observó la señora Wilmot—. Sin duda Wordsworth lo era, ¿verdad? —añadió, insegura.

—Uy, sí, seguro que lo era —respondió Cassandra con desagrado, pues Adam siempre le citaba a Wordsworth cuando estaba de mal humor, por lo que, para ella, el gran poeta del Romanticismo estaba inevitablemente asociado a las discusiones con su marido.

—¿Cómo va el libro de su esposo? —le preguntó Janie con timidez. Consideraba que Adam Marsh-Gibbon era con diferencia el hombre más guapo que había visto jamás, y por consiguiente sus obras poseían un glamur añadido.

Cassandra sonrió con amabilidad.

—Pues ahora mismo está trabajando en un capítulo bastante difícil —respondió.

—Supongo que todos los autores se atascan de vez en cuando —intervino la señora Gower.

—La inspiración no fluye con tanta facilidad —se entrometió la señora Wilmot, opinando que la suya era una frase más apropiada.

Cassandra les sonrió a ambas.

—Exacto —convino, haciendo creer a cada una que habían pronunciado las palabras justas—. Es un detalle por tu parte interesarte por el libro de Adam —añadió dirigiéndose a Janie—. Qué amable es la gente —afirmó con desenvoltura, casi como si su marido fuese un inválido que necesitara que preguntasen por él por compasión.

—¿Les gustaría echar un vistazo al jardín? —preguntó la señora Gower, reparando en que no había mucho más de lo que hablar ahora que habían agotado el tema de los

nuevos inquilinos de Holmwood y del libro de Adam Marsh-Gibbon.

Cassandra se puso de pie con entusiasmo.

—Me encantaría —respondió—. Me ha impresionado lo que he visto de él al entrar.

—Me temo que nosotras debemos marcharnos —objetó con precipitación la señora Wilmot, pues le desagradaba andar por los jardines con su mejor calzado—. Vamos, Janie... Siempre digo que lo peor de estar casada con un clérigo es que siempre hay alguna buena acción pendiente.

—Aunque estoy segura de que a usted le sale de forma natural —apuntó Cassandra.

La señora Wilmot sonrió y le encargó a Cassandra deseársela buena suerte a Adam con su novela.

Cassandra le dio las gracias. Le gustaba la idea de que le deseasen buena suerte a Adam con su libro, como si participase remando en la regata entre Oxford y Cambridge o uno de sus caballos corriese en el Derby de Epsom.

Cuando las Wilmot se marcharon, la señora Gower y Cassandra pasearon con calma por el jardín, enfrascadas en su conversación sobre jardinería. Cassandra se sintió totalmente dichosa, y todos los pensamientos sobre Adam se esfumaron de su mente mientras debatía con la señora Gower las ventajas de desenterrar los bulbos de gladiolos en invierno o sembrar semillas de aubrieta.

Al irse, se llevó consigo una gran bolsa de papel que contenía varias plantas nuevas para su rocalla.

—¿Sabe? —dijo en confianza la señora Gower—. No puedo evitar tener el presentimiento de que los nuevos inquilinos de Holmwood serán bastante interesantes. Es una especie de premonición —declaró, echándoles una ojeada a los árboles talados en el camino de entrada de enfrente.

—Espero que su premonición se cumpla. —Cassandra se echó a reír—. Siempre pienso que es una casa fascinante,

con todas esas extrañas torrecillas. Adam dice que le recuerda al castillo de Otranto.

«Eso debe de estar en alguna parte de Italia», pensó la señora Gower, pero no dijo nada; muy a menudo Adam Marsh-Gibbon se refería a cosas de las que una nunca había oído hablar.